

«Digo, es un decir»

Todo lo que llevo dicho hasta aquí
es mentira.

Vallejo (octubre de 1926)

Digo, es un decir.

Vallejo (agosto o septiembre de 1937)

I

En 1963, Thomas Merton, «poeta y ensayista norteamericano» que «se distinguía por la singularidad de ser un monje trapense», escribía a su compatriota Clayton Eshelman, también poeta y ensayista, aunque una generación más joven y discípulo, no de Rancé, sino de Wilhelm Reich, quien tenía en mente verter *Poetas Humanos* al inglés: «Es Vallejo, según creo, el poeta más universal, más católico y universal de todos los poetas modernos, el único —¿quién sabe? desde Dante— que es en todo como Dante», o sea: «un gran poeta escatológico, con un profundo sentido del fin y, asimismo, de los nuevos comienzos (acerca de los cuales no se pronuncia)».

Juicio algo sorprendente, pero que no sorprendió, cuando se enteró, a Juan Larrea, a la sazón director del Instituto del Nuevo Mundo de la Universidad de Córdoba, República Argentina, el cual se apresuró a recogerlo, en el núm. 5-6-7 de *Aula Vallejo*, publicación periódica, destinada en principio a «centralizar el interés» que «en todas partes» suscitaba «la figura y la obra» del poeta peruano, en realidad a promover una imagen de Vallejo adscrita a las tesis «teleológicas» que el propio Larrea venía desarrollando desde que, en 1930, descubrió por primera vez América en un viaje al Alto Perú, y sobre todo desde que, en 1939, a raíz de la tragedia española, volvió a tierras colombinas para quedarse: México, luego Estados Unidos, y por último Argentina.

Hasta principios de los 70, la audiencia de *Aula Vallejo* no fue mucha: limitada a los círculos cordobeses agitados por Larrea y a aquel sector del vallejismo que concurrió a una u otra de las citas que su Instituto celebró, en 1959 y en 1967.

Personalmente me tocó participar en la segunda. Conocía a Larrea desde 1951 y el Congreso Internacional de Peruanistas realizado ese año en Lima. Habíamos mantenido relaciones hasta que en 1957 dejé el Perú. Las reanudamos en 1965 cuando pasé a vivir a Buenos Aires y tuve la oportunidad de visitarlo, poco después, en Córdoba, donde me dedicó, en calidad de «vallejista y amigo», los «vaticinios» de su *Teleología de la Cultura*, que acababan de editarle en México. Ya, en otra ocasión, expliqué por qué, a la hora de contribuir al Coloquio del 67, dedicado al *Humanismo de Vallejo*, opté por disertar sobre *Vallejo y el Surrealismo* y lo hice en la forma, un tanto polémica.

ca, que había de molestar a Larrea, por más que puntualicé que no era ni había sido nunca «surrealista» y marqué lo que me separaba de la filosofía del grupo.

Yo había procurado entablar un diálogo con el dueño de nuestro certamen, pues compartía su preocupación del *fin*, si bien me oponía al giro optimistamente *neomúndico* que le daba, escudándose para tal en una interpretación de Vallejo con la que me era imposible concordar. Larrea eludió cuanto pudo ese diálogo.

De cualquier manera, la prensa local se hizo eco de nuestras diferencias, pero nada de lo dicho en Córdoba repercutió en Buenos Aires, cuyo medio intelectual —me había sido dado comprobarlo— generalmente ignoraba los trabajos de Larrea y, a pesar del tiempo transcurrido, hasta su presencia en Córdoba.

Era para romper el círculo de la ignorancia porteña, que se le estaba haciendo insostenible, que Larrea había convidado a la última reunión de su Instituto a Ramiro Casasbellas, director de *Primera Plana*, el semanario argentino de más prestigio, y de más influencia en la capital. A pesar de que ya se pusiera a «refutar» pormenorizadamente mi ponencia del Coloquio Vallejiano, con el propósito confeso de «hundirme» junto con Breton,¹ como no disponía de otra antena, acudió todavía a mí para que verificara por qué, de regreso a Buenos Aires, Casasbellas no había dedicado el menor comentario al encuentro cordobés.

Copio un párrafo significativo de una de las dos cartas que me dirigió: «Lo de *Primera Plana* es para mí y para quienes actuaron de secretarías durante las Conferencias el más tupido de los misterios. Casasbellas es un vallejista, aunque no extraordinariamente inspirado, absolutamente convencido. Se esperaba que echara la revista por la ventana, razón por la cual, junto con la carencia de verdaderos estudiosos de Vallejo en la Argentina, se lo invitó. No parece haber en su semanario oposición a Vallejo. ¿Oposición a quién? A mí, a mis tesis revolucionarias en el orden del Espíritu, y frente a las cuales se viene adoptando desde muy largos años la política de apagarlas? No imagino en ese caso de parte de quién, a no ser que de pronto y vaya a saber por qué sea el propio Casasbellas. Siéntase un poco Sherlock Holmes y averigüe».

El que primero contribuyó a sacar a Larrea de su aislamiento cordobés fue otro de los participantes del Coloquio, Uruguay González Poggi, cuando organizó, en 1970, en la Biblioteca Nacional de Montevideo, una Exposición en cuyo ámbito lo convidó a dictar un ciclo de conferencias sobre el tema: *César Vallejo, héroe y mártir indohispano*. Paralelamente, adquiriría crédito en Buenos Aires un discípulo de muchos años de Larrea, Felipe D. Obarrio, quien, por un raro fenómeno de mimetismo, se había apropiado, tanto como su sentir y su pensar, la práctica estilística de su prosa. En 1972, *La Nación* acogía, en su Suplemento Dominical, un primer artículo del mismo, que, con base en «los testimonios de los más sensibles poetas-profetas, como Dante, Blake, Shelley, Novalis, Whitman, Rimbaud, Daño, Vallejo y contemporáneamente, de un modo ya racional, consciente y esencialmente cultural, Larrea»,² auguraba «la inminen-

¹ Dicha «refutación» ocuparía las sesenta páginas del folleto «César Vallejo frente a André Breton» (Córdoba, 1969) y las doscientas de «Respuesta diferida», que salió en el n.º 8-9-10 de *Aula Vallejo* (Córdoba, 1971), a continuación de las actas del Coloquio de 1967.

² *La cursiva es mía.*

cia del advenimiento de una realidad superior», ya en ciernes, «aquí, en América, Nuevo Mundo, Cielo y Tierra nuevos, allende las columnas hercúleas que ponían fin al mundo antiguo, el mundo bidimensional de Asia-Europa, único existente al tiempo de escribirse el Apocalipsis joanino, aquí, en América del Sur, continente nativo de Vallejo y lugar geográfico donde, decenas de años antes de que fuera descubierto por Colón, Dante había situado el Paraíso de lo Humano, de lo cual *como destaca Larrea*² en su ensayo *Sobre el Canto Errante*, se percató muy agudamente el mismísimo Bartolomé Mitre,³ y por su intermedio, nada menos que el extraordinario Rubén Darío».

En dos entregas sucesivas del mismo Suplemento de *La Nación*, saldría luego el comentario, de carácter recapitulativo como cualquiera de los suyos, que le inspiró a Larrea la «exhumación», por el ya citado González Poggi, del poema *Trilce*, primitivamente publicado, en 1923, un año después del libro homónimo, en la revista *Alfar* de La Coruña.

No le quedaba a Larrea sino esperar que la Providencia, que lo trajera al mundo tres años después de Franco, le concediese sobrevivir a aquel «infiel» que, el 18 de julio de 1936, «se trasladó vestido de moro»⁴ de Canarias a Africa⁵ el tiempo necesario para permitir la difusión en España, «al amor de Vallejo», y subsidiariamente de Darío, de Unamuno, de Huidobro, de León Felipe, etc., de sus pronósticos de un Nuevo Mundo a partir del Nuevo Mundo americano.

Ya se había anticipado, autorizando en 1970 la publicación en Barcelona, después de Torino, de *Versión Celeste*, el conjunto de sus poemas de 1919-1932, en los que, «tras un tercio de siglo» de abandono, llegara a discernir «el impulso irreversible hacia (una) universal e intrínseca allendidad» que desde entonces regía su existencia (*VC*, p. 43).⁶

Entre la primera muerte del Generalísimo (julio 74) y la segunda y definitiva (noviembre 75), Larrea suscribió el prólogo, de tono conminatorio,⁷ con que se preparaba a lanzar en la Península, bajo el título *César Vallejo y el Surrealismo* y con el sello de la editorial Visor (Madrid, 1976), la reimpresión de la *Respuesta diferida* que men-

³ *Presidente de Argentina de 1862 a 1868, intérprete de Dante y, entre otras cosas, fundador de La Nación. Darío le dedicó un poema en su cumpleaños de 1898 y exaltó su memoria, a la hora de su muerte, en 1906.*

⁴ *La precisión es importante, pues en toda su prédica teleológica Larrea siempre demostró una especial inquina contra «el mahometismo».*

⁵ *De Recordatorio Español, texto de 1954.*

⁶ *Mis citas, en adelante, procederán de: Profecía de América (1938), reproducida en Vélez y Merino, España en César Vallejo, t. 1 (Madrid, 1984), ECV; La Espada de la Paloma (1953), reproducido en Angulos de Visión (Barcelona, 1979), EP-AVis; Recordatorio Español (1954), id., RE-AVis; César Vallejo o Hispanoamérica en la Cruz de su razón (Córdoba, R.A., 1951), CVHCR; Aula Vallejo 1 (id., 1961), AV 1; Aula Vallejo 2-3-4 (id., 1962); AV 2; Aula Vallejo 5-6-7 (id., 1967), AV 5; Aula Vallejo 8-9-10 (id., 1971), AV 8; Aula Vallejo 11-12-13 (id., 1974), AV 11; Teleología de la Cultura (México, 1965), TC; Versión Celeste (Barcelona, 1970), VC; Prólogo a un libro de Ernesto More (1971), reproducido en Poesía 20-21 (Madrid, 1984), PEM-Po; César Vallejo, héroe y mártir indohispano (1973), reproducido en Angulos de Visión, CVHM-AVis; y César Vallejo, Poesía Completa, Barral ed. (Madrid, 1978), PCB. Ocasionalmente, Ángel Flores, César Vallejo. Síntesis Biográfica (México, 1982), AFI.*

⁷ *«Pues bien, lector que has llegado hasta aquí, tira este libro si te atreves. Quema inquisitorialmente, si te atreves y te es posible, sus contenidos, en la creencia de que así destruyes el porvenir cósmicamente indescriptible del destino hispánico y del globo.»*